



Humilde aporte a una fiesta de celebración

por
Corina Aharonián

Tanto garbo, tanta gracia, tanta sabiduría, tanto respeto por "los otros". Tanta humildad. Tanta capacidad de ser siempre joven y tener siempre capacidad de descubrir, de valorar, de querer. Tanta constancia para mantenerse en puente entre sectores tan diversos del cuerpo social, tanta inteligencia para saber ser útil a un territorio convertido en país-nación por manos de la estrategia imperial sin perder de vista la conciencia de patria grande latinoamericana. Tanto instinto para valorar lo no valorado. Tanto buen gusto para no disfrazarlo al presentarlo en sociedad, en la sociedad "culto".

Los duendes quisieron que en abril de 1988 me tocara en suerte llamar la atención de los jóvenes músicos de la cálida Facultad de Música de la Universidad Católica de Valparaíso -uno de los pequeños focos de resistencia cultural frente a la barbarie institucionalizada- acerca de la valiosísima persona que tenían allí, al lado, y que era la inigualable fuente de referencia a que podían recurrir para verse en el espejo de la identidad. Fue muy emocionante descubrir, después, que la señora que había entrado a la sala entretanto, depositando en una esquina la gran caja que venía cargando -que era de guitarra pero que bien podía haber sido de violoncello- y se había sentado, calladita, a mi izquierda, era la propia admirada y admirable Margot Loyola. El ominoso régimen dictatorial impedía a los jóvenes descubrir tales maravillas de la vida diaria, sospechosas de poder ser símbolos de la libertad. Impedía aprender que las maravillas están a nuestro alcance y pueden tocarse con nuestras propias manos. Aunque autoridades y docentes de Valparaíso se jugaran por defenderla de la soledad teniéndola cariñosamente entre ellos.

Mis recuerdos de Margot Loyola son distantes entre sí, y todos significaron una experiencia fuerte en mi vida. Cuando la vi cantar y bailar en 1972 en Lima, en el Instituto Nacional de Cultura, por ejemplo. Cuando Marta Orrego y Ángel Parra me contaron, un año antes, de su importancia en la vida de la impasible Violeta Parra, como punto de referencia, como asumido desafío de seriedad y de compromiso político-social, y como colega admirada. Cuando, mucho antes, supe por ella de Chile y de sus tradiciones populares, y la cultura de Pascua y su dulzura, en un recital organizado en 1966 por Juventudes Musicales en mi ciudad de Montevideo, en la legendaria sala del SODRE. Cuando, luego de nuestro imprevisto encuentro en Valparaíso en abril de 1988, nos reunimos en Santiago en casa del bueso de Hanns Stein, y fui honrado con su aprecio, con su confianza, con sus dolorosos secretos.

No puedo saber, desde este lejano Uruguay, quién o quiénes fueron sus "descubridores", quiénes la apoyaron para que pudiese llevar a cabo su valiosísima e infatigable labor. Entiendo que es hora de empezar a expresar nuestros reconocimientos a quienes cometen tales actos visionarios. Guardo siempre con curiosidad aquella primera información académica que me llegó, todavía adolescente, en la

Humilde aporte a una fiesta de celebración [artículo] Coriún Aharonián.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aharonián, Coriún, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Humilde aporte a una fiesta de celebración [artículo] Coriún Aharonián.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)